

La ociosidad pragmática del panda

Luis Miguel Rivera Farias
Editor
Lurivera11@uan.edu.co

Para mi profesora de español de séptimo

Nunca fui un estudiante modelo. Entre mi ansiedad social y mi poco interés académico tuve una primaria sin pena ni gloria, lo que en bachillerato evolucionó en jornadas de recuperación por materias perdidas y matrículas condicionales por mal comportamiento. El colegio católico en el que estudiaba se jactaba de tener una educación humanística, pero realmente respondía a las dinámicas neoliberales del nuevo milenio. El énfasis en inglés y matemáticas procuraba educar ciudadanos productivos para el mundo laboral que se avecinaba, y la atención punitiva a asuntos disciplinarios

y estéticos propios del desarrollo normal de un adolescente eran el ejemplo claro de la crítica que hacía Foucault al patrono de los educadores en Vigilar y Castigar, era un panóptico en el sentido más amplio, pero también más estricto de la palabra.

Pocas veces tuve un interés real por las actividades y tareas que me asignaban. No hubo una sola miscelánea de Baldor que hiciera completa, ni una sola evaluación de física, química o matemáticas que no aprobara con la ayuda de un borrador de nata y mi habilidad de escribir formulas en letra muy pequeña.

Eso no quiere decir que fuera totalmente apático a mi proceso educativo. Cada año había alguna materia que me interesaba y de la que procuraba buscar información por mi cuenta, así hacerlo me separaba de hacer la tarea. Me volví adicto a Wikipedia, arrancaba buscando información sobre la segunda guerra mundial para sociales y luego de tres horas tenía 12 pestañas abiertas que conducían a wikis que iban desde los juicios de Nuremberg hasta teorías de conspiración que decían que Hitler escapó a Boyacá luego de la guerra. Nunca me dio pereza leer, pero era un ejercicio que hacía siempre de forma independiente al colegio.

Mi actitud frente a las tareas y mis calificaciones promedio – sobre todo esto último – hacían que los profesores, en el mejor de

los casos, ni siquiera recordaran mi nombre; y en el peor, que era lo más usual, me vieran como un estudiante vago y mediocre. No los juzgo. El caso, y para no extenderme –o justificarme– más en asuntos meramente anecdóticos y contextuales, es que en séptimo la profesora de español nos puso de tarea escribir un cuento. Por alguna razón la unidad que estábamos trabajando del libro de texto estaba relacionada con el medio ambiente, otra de las preocupaciones que apenas surgían en el nuevo milenio.

En quinto yo ya había escrito un cuento en una jornada de creación literaria de una editorial independiente que había ido al colegio para publicar los mejores cuentos de los estudiantes. Al final nos publicaron a todos.



@ MiguelRiveraFarias

“

Nunca fui un estudiante modelo. Entre mi ansiedad social y mi poco interés académico tuve una primaria sin pena ni gloria.

”

El mío era una historia de fantasía inspirado en los textos que consumía en el momento, y que en parte me alejaban de hacer mis tareas. Se trataba de un Frankenstein entre el videojuego Age of Mythology, la primera película de El Señor de los Anillos y un libro ilustrado que contenía entre otros mitos griegos la historia del Vello de Oro. No escribí nada de lo cual sentirme orgulloso en términos formales, pero es un ejercicio que recordaba, y recuerdo, con cariño. Decidí que el cuento medioambiental de español iba a ser una de esas tareas que haría, y una de las pocas en las que realmente me iba a esforzar. Las siguientes tres clases estuve masticando ideas para el cuento. Mis referentes habían cambiado desde el último ejercicio de escritura, estaba enganchado con la saga Un grito desesperado de Carlos Cuauhtémoc Sánchez –el único escritor de superación personal que hasta la fecha respeto, probablemente por

nostalgia– y todas las tardes veía los capítulos de Naruto que daban en CityTv, cruzando dedos para que no reiniciaran la temporada a la espera de que doblaran nuevos episodios al español. Mis búsquedas wikipedianas ahora fluctuaban entre la cultura japonesa y cuestiones psicológicas que creía entender muy bien acompañado de las explicaciones cutres que de vez en cuando Cuauhtémoc incluía en sus libros. Decidí que escribiría una historia de una pareja que se separaba y que los protagonistas iban a ser osos panda. Llegué a mi casa y estuve enojado escribiendo el cuento. Iba y volvía entre párrafos y tenía una preocupación excesiva por la ortografía, así que usé el corrector de Word ad nauseam. Al final, el cuento era la historia de dos osos panda que se enamoraban y consumaban su lazo en un bosque de bambús.

La hembra quedaba embarazada y juntos se preparaban para construir su hogar. Todo marchaba bien en la familia panda hasta que el cambio climático les arrebató su hogar. Sí, el cambio climático, como si se tratara de un antagonista de carne y hueso. Long story short, la hembra tuvo que vagar con su cría por un bosque muerto y árido, y el macho tuvo varias vicisitudes que incluían un circo chino, un zoológico y un templo budista o algo así, pero, como cuento de narrativa clásica, al final sorteaba todos sus desafíos y se reencontraba con su amada.

Imprimí el cuento y lo guardé en una carpeta para que no se dañara, obviamente yo no tenía carpeta para el colegio así que tome una prestada de mi mamá. Estaba nervioso por la recepción de la historia por parte de mi profesora, así que decidí acudir a Fernando para que la leyera. La elección del compañero no estaba basada en afectos, él era el buen estudiante estereotípico, tenía buenas calificaciones en todas las materias,

era muy aplicado y buen portado, y además era un experto en el ejercicio de la lambisconería (una vez llamó a mi mamá a felicitarla en el día de la madre, me hizo quedar mal porque yo ni por enterado de la fecha, pero esa es otra historia). El caso es que Fernando leyó el cuento y le gustó mucho, también estaba muy sorprendido de que yo hubiera hecho una tarea. Con la aprobación del ñoño de turno, entregué mi trabajo a la profesora seguro de que esta vez obtendría por lo menos un Sobresaliente como nota y tal vez algo de reconocimiento.

La semana continuó como siempre y mi desinterés por las clases retornó a su estado natural, hasta que el viernes la profesora de español anunció que ya había leído los cuentos y los tenía calificados. No podía esperar a ver qué había pensado al descubrir que uno de sus estudiantes menos relevantes tenía un talento oculto, o al menos un interés sincero por la escritura.

La docente puso la pila de textos sobre el escritorio y nos pidió que cada uno buscara el suyo, pero los manuscritos estaban prácticamente inmaculados, la única intervención que hizo fue poner una letra correspondiente a la nota recibida por el trabajo. Tomé mi texto y me senté en búsqueda de algún comentario o anotación. Solo encontré una letra A roja encerrada en un círculo.

¿Aceptable? ¿Me estás jodiendo? Esa A mayúscula me produjo tanta indignación que superé mi miedo usual de hablarle a los profesores y me acerqué a preguntar el porqué de mi nota. Ella tomó el texto, leyó las primeras líneas por encima, me miró de reojo y con una sonrisita irónica dijo Eso no lo escribió usted. Aún recuerdo la escena y me enojo. Traté de defenderme argumentando que tenía a Fernando de testigo, pero su respuesta todavía más irónica fue ¿Luego él se lo escribió?

Hubiese preferido que me dijera que era un cuento flojo, poco creativo o que tenía problemas serios de redacción, pero la profesora reconocía que la historia era buena, solo que demasiado buena para haber sido escrita por un estudiante vago y mediocre. Pensé en contarle a mis papás para que fueran y defendieran mi trabajo, pero eso de alguna forma solo significaría un posible cambio de nota y una falsa disculpa por parte de la docente.

Al final dejé el asunto así y decidí que mi venganza sería no volver a hacer absolutamente nada en la materia. La profesora ni se dio cuenta. El ejercicio del cuento no se volvió a mencionar y fue solo una nota más en un Excel. Yo perdí los dos siguientes bimestres y tuve que ir a semana de recuperación en noviembre, no solo por español, obviamente; pero igual mi presencia esa semana solo podía confirmar la visión que tenía la profesora de mí.



@ MiguelRiveraFarias

Hoy que ya tengo las herramientas para evaluar más o menos objetivamente un texto creativo, no puedo asegurar que el cuento fuese bueno. Tampoco puedo volver a él para releerlo, probablemente lo boté a la basura y el archivo digital se perdió cuando mis padres vendieron el primer computador familiar. Pero a eso no va la historia. Toda esta crónica quejumbrosa de un asunto aparentemente menor en mi vida de mal estudiante de bachillerato va a una reflexión, espero, más importante.

Las dinámicas neoliberales de la educación que mencionaba al inicio no han hecho más que exacerbarse y las lógicas de evaluación siguen respondiendo en gran medida a cuestiones comportamentales y de cumplimiento de trabajos, y se le sigue dando énfasis a asignaturas como inglés o matemáticas porque se supone que procuran un mejor futuro laboral para los estudiantes, un trabajo como programador o un call

center, aparentemente. Todo eso mientras se pregona de dientes para afuera el amor por nuestro nobel de literatura y el sofisma del cuidado de la lengua, basado solo en castigar las vulgaridades y las expresiones lingüísticas de grupos poblacionales segregados social, económica y racialmente.

Ahora, con lo que sé de la escritura y la enseñanza, sé que el ejercicio docente de mi profesora de español fue tan mediocre como mi desempeño estudiantil en ese momento. No hubo una retroalimentación, no se le dio un tratamiento a posteriori, ni hubo mucho menos una intención de revisar posibles intereses o habilidades de los estudiantes. Solo fue una tarea más para llenar el plan de clases de esa semana. Pero sobre todo, y el porqué de este texto, no hubo siquiera una duda de su parte que pusiera en cuestión su percepción anquilosada y simplista de lo que para ella es un buen estudiante.

La señora veía, y probablemente ve, la academia como un lugar vertical con divisiones claras y hasta cuantitativas, probablemente escudada en el aprendizaje holístico y la pretensión de que haya un interés general por el aprendizaje y no por áreas particulares del conocimiento.

La vida de un panda es envidiable, de las 24 horas del día pasa 15 comiendo y el resto las reparte entre moverse torpemente entre el bambú y dormir. Ese gusto y afán fisiológico por la comida hizo que evolutivamente desarrollaran un sexto dedo –en realidad un pseudopulgar– en sus extremidades superiores que les permite agarrar mejor el bambú y poder comer la nada despreciable cantidad de 45 kilos de alimento al día. El panda se especializó en suplir su necesidad vital más apremiante y eso lo hizo evolutivamente efectivo en términos darwinianos. Sin

embargo, y a la luz de la inmensa cantidad de tiktoks y reels que los muestran dando botes infantiles y haciendo pataletas con sus pares y cuidadores de zoológico chinos, el animal ha sido reducido a una figura sosa y torpe, cuya ternura responde perfectamente a nuestra necesidad serotoninica de encontrar entretenimiento.

Afortunadamente, los animales no basan su comportamiento en preceptos neoliberales de producción. Más bien se mueven bajo lógicas –en términos antropocentristas– mucho más cercanas al anarquismo colectivista que planteó Kropotkin, quien también utilizaba al reino animal para ejemplificar su resolución utópica del deber ser humano. El panda es efectivo en cuanto come, y fue en esa necesidad de suplir su máxima motivación que evolucionó y se convirtió en el animal que hoy día conocemos y ridiculizamos en redes sociales.

“

No se le puede pedir a un panda que corra por su presa.

”



@ MiguelRiveraFarias

Pero esto último lo tiene sin cuidado. Vuelvo a la especie a la que pertenecía el protagonista de mi cuento como excusa para hacer un símil. Un símil tal vez facilista y obvio, pero práctico en cuanto da cuenta de que los individuos, los seres humanos, también buscamos suplir necesidades, necesidades mucho más complejas que las de los otros animales, pero al final necesidades inherentes al ser y a las condiciones materiales de nuestra crianza. A pesar de esto, muchas de estas búsquedas personales son ridiculizadas cuando no cumplen con lo que nuestro sistema de valores plantea como valioso –valga la redundancia–, casi siempre en términos materiales y simbólicos. Siempre hubo un sexto dedo que me empujó al ejercicio de crear historias, pero a los ojos de mi profesora de español, y muchos otros profesores, esto tenía que corresponderse con otras habilidades académicas y sociales para ser creíble.

Pero no se le puede pedir a un panda que corra por su presa, abandonaron

su alimentación omnívora ya hace siglos y decidieron invertir toda su energía en cuestiones fisiológicas mucho más interesantes y urgentes para ellos y, en ese sentido, más efectivas evolutivamente.

El sistema en el que fui educado no daba lugar a habilidades o intereses particulares de los estudiantes, y la perspectiva vertical institucional no permitía dar voz al último eslabón de la cadena; el estudiante mediocre. Ahora que estoy del otro lado, del lado de mi profesora de español, procuro que el escenario sea distinto, que al ver al estudiante desaplicado y desinteresado no lo reduzca a un número por debajo de 4 en mi planilla de notas. Por el contrario, intento brindar un espacio para que exploren y reivindiquen sus necesidades vitales y sus intereses. Intento que encuentren su bambú, y en el ejercicio de ruñirlo y masticarlo logren hacer crecer ese sexto dedo que eventualmente, tal vez, los haga volverse más diestros en su tarea.